**Clase 21**

**La inmortalidad del alma a la luz de la razón**

La fe nos dice qué sucede exactamente después de la muerte, pero con la sola razón podemos demostrar que no todo termina con la muerte. Ya Platón, hace 24 siglos, demostró que nuestra alma es inmortal: incorruptible e indestructible. San Agustín y Santo Tomás de Aquino recogen sus argumentos y los perfeccionan.

En general, esos argumentos se apoyan en la naturaleza espiritual del alma humana. Si conseguimos mostrar que en el hombre no todo es materia —como sostiene un materialismo—, si el hombre es capaz de trascender la materia por ser mucho más que un simple animal algo más sofisticado, si en la persona humana hay una realidad más anclada en el ser que la materia, concluiremos que el alma es incorruptible, es decir, que el futuro de esta realidad espiritual presente en nosotros no se rige por las leyes de la materia. La materia sufre cambios sustanciales (la madera quemada, por ejemplo, pasa a ser otra cosa: ceniza), mientras que el alma no es una sustancia contingente, sino necesaria. El único devenir posible de una sustancia de naturaleza espiritual es la aniquilación, algo que, en principio, el Dios nunca hace. Al contrario que la materia, el alma es simple: no se puede destruir.

En el hombre conviven realidades corporales (hambre) y espirituales (inteligencia que abstrae y voluntad libre). No somos ni animales ni ángeles, sino una mezcla de ambos. Ambas dimensiones están íntimamente unidas. Por un lado, si te pegan una torta, aparte de dolerte la cara y el corazón, sientes que se atenta contra tu dignidad, o si no duermes lo suficiente, eres incapaz de reflexionar. Por otro lado, si te “duele” el alma, el cuerpo lo exterioriza, por ejemplo con dolor de cabeza. La unidad de la persona humana es impresionante. Como observa Thibon, «la operación más groseramente carnal —por ejemplo el acto de comer— implica un cierto consentimiento y una cierta delectación del espíritu; y, recíprocamente, la más noble actividad espiritual se apoya sobre un mínimo de resonancia sensitiva».

Esta perfecta unidad de la persona humana sólo ha sido explicada satisfactoriamente —sin caer en dualismos— por la filosofía aristotelico-tomista. Según ésta, el alma es forma del cuerpo; necesita del cuerpo para expresarse y obtener datos a través de los sentidos, aunque, de por sí, es una sustancia subsistente (capaz de existir con independencia del cuerpo y, por tanto, incorruptible o inmortal).

Algunos expertos en neurología, influidos por prejuicios reduccionistas, afirman que somos animales más evolucionados. Su materialismo no logra explicar la conciencia y pensamiento del ser humano. Se apoyan en una especie de creencia según la cual llegará un día en que sabremos explicarlo todo de modo científico. Ciertamente no conocemos suficientemente el funcionamiento del cerebro, pero nuestros 20.000 millones de neuronas y 1.600 billones de conexiones entre ellas no podrán jamás explicar nuestras habilidades intelectuales y volitivas. Nuestra mente es superior a un ordenador de gran capacidad. También hay expertos en neurofisiología —Wilder Penfield o premios nóbeles como John Eccles y Charles Sherrington— que defienden posiciones no materialistas. Como afirmó Roger Sperry (Nobel de Medicina en 1981 por sus estudios de las funciones especializadas del cerebro humano): *«nuestra interpretación de los hechos tiende a devolver a la mente su antigua posición privilegiada sobre la materia, porque muestra que los fenómenos mentales trascienden los de la fisiología y la bioquímica*».

En filosofía, el camino más sencillo para mostrar la espiritualidad del alma consiste en estudiar sus dos potencias: intelecto y voluntad. En cuanto al intelecto, veamos tres aspectos que serían imposibles si éste fuese meramente material: la capacidad de abstracción, la universalidad de los conceptos que pueden ser abstraídos y la autorreflexión.

Ya la simple capacidad de abstracción presupone espiritualidad. Los animales no trascienden el ámbito de lo particular. Tienen un sentido interno (la estimativa) que les permite sacar lecciones de la experiencia, pero no tienen capacidad de abstracción. Recuerdo una conferencia de Jerôme Lejeune (el que descubrió en Genética el síndrome de Down) en la que preguntaba: «¿Se imaginan ustedes un congreso filosófico de chimpancés intentando dilucidar la esencia del “ser chimpancé”?». Ya lo decía Chesterton: «Hay gente intentando demostrar con su inteligencia que con su inteligencia no se puede demostrar nada». «El conocimiento de la verdad —sintetiza Joseph Pieper—, a pesar de sus condicionamientos orgánicos, es un fenómeno íntima y naturalmente independiente de todo término material. Esto es reconocido, de hecho y por la evidencia de la misma cosa, por todos los hombres, tanto por los que lo saben, como por los que no lo saben, en incluso por aquellos que lo niegan expresa y formalmente».

Aparte de inducir conclusiones universales a partir de datos particulares, podemos abstraer un número ilimitado de objetos. Si nuestro intelecto se redujese a las neuronas del cerebro, su capacidad sería necesariamente reducida. En todo disco duro de un ordenador cabe una cantidad limitada de información. Sin embargo, podemos abstraer una infinidad de objetos diversos.

Más llamativa aún es nuestra capacidad de autorreflexión. Puedo ahora pensar sobre mi pensar de mi pensar... Si mi intelecto fuese material no podría volverse de modo inmediato sobre sí mismo. Mis ojos, por ejemplo, al ser materiales, pueden ver cualquier cosa menos a sí mismos de modo directo (en un espejo, sí). La materia siempre está extendida en el espacio: no puede volver sobre sí misma. Sen cambio, el hombre usa su intelecto para discurrir sobre su intelecto...

Otro tanto podría decirse sobre la voluntad. Sabemos por experiencia que, a pesar de las circunstancias, la última decisión siempre es nuestra. Si el hombre, a pesar de sus condicionamientos, es libre, podemos trascender la materia. No me imagino a un animal haciendo una huelga de hambre. Un animal se conduce siempre por sus instintos. Si está hambriento y, fuera de peligro, ve comida, siempre va a por ella. En cambio, un hombre firmemente decidido, es capaz de no apartar la mano del fuego, por mucho que todas sus neuronas estén transmitiendo órdenes a los músculos para retirar la mano.

Muchos autores que han pretendido negar la libertad humana como modo de evitar la responsabilidad personal. Contrariamente a lo que decía, por ejemplo, Skinner, fundador del conductismo, la experiencia muestra que el hombre es su último determinante: que nuestra libertad es limitada pero real. En una novela, una catedrática de biología dice a propósito de su novio: «En ocasiones, justifica a los demás casi hasta el punto de negar que son responsables de sus actos. Yo creo en el libre albedrío y no niego la influencia de la genética y del entorno (¿cómo podría un biólogo negar eso?, y estoy segura de que estamos programados biológicamente para hacer muchas de las cosas que hacemos. Sin embargo, aun dentro de esos límites, creo que podemos elegir. La idea de que el destino nos dirige, y de que somos incapaces de oponer resistencia o alterar nuestro rumbo, me suena a excusa».

El hombre es capaz de actuar de modo contrario a todas las expectativas lógicas. Una prueba fáctica de la existencia de la libertad es la conversión personas depravadas. Frankl cuenta al respecto el caso del Doctor J., destacado miembro de las SS. Fue llamado “el asesino de masas de Steinhof” (un hospital psiquiátrico de Viena), porque no paró hasta llevar a las cámaras de gas a todos los enfermos psiquiátricos de ese hospital vienés. Años después, Frankl se enteró de que había muerto como un santo. Alguien que había coincidido con ese alemán durante años de cautiverio en Rusia le contó a Frankl que el Doctor J. había sido su mejor amigo. La poca comida que les daban la repartía entre sus compañeros de prisión. Se desvivía por todos.

Aparte de la filosofía y de la Revelación, ¿existen más fuentes para saber algo sobre la vida en el “Más allá”? Existen testimonios serios acerca de difuntos a quienes Dios permite comunicarse de forma objetiva con personas vivas. Que cada uno juzgue por sí mismo.

**Sentido general del problema de la muerte**

A diferencia de los animales, el hombre se da cuenta de que tiene que morir y sabe que camina hacia ella. La certeza de la muerte está siempre en cierto modo presente en la conciencia del hombre.

La conciencia de la muerte puede estar presente de dos maneras:

* Un conocimiento nocional: es como que se sabe de la muerte por haberlas oído decir a otros pero no implica un conocimiento real y personal. No es algo que afecte el corazón de la persona.
* Un conocimiento real de la muerte: Es la que lleva a la huida de la gente. Heidegger ha insistido en el hecho de que la huida en el trabajo, en la diversión es a su modo una confirmación de la conciencia de la muerte. Huir significa darse cuenta del peligro y de la amenaza.

**Pascal decía**: “*no habiendo podido encontrar remedio a la muerte, a la miseria, a la ignorancia, los hombres, para ser felices, han tomado la decisión de no pensar en ello”.*

Para Heidegger la muerte no es un hecho exterior que venga a el hombre. Lo inevitable de la muerte se inscribe desde el principio en la estructura ontológica de la muerte. Todos los niños que nacen están en camino hacia la muerte. La existencia humana puede definirse como un ser-para-la-muerte. La muerte es la expresión mas concreta y más radical de la finitud humana. El hombre a pesar de todo su inmenso peso de libertad y de iniciativa en la realización de la existencia, realiza la experiencia de no estar en la raíz de su propia vida. El hombre pierde totalmente el poder de su propio cuerpo.

La experiencia de la muerte pone al hombre frente a un límite concreto: la finitud de su existencia. Toda libertad y toda iniciativa se ven limitadas ante ella.

Por lo tanto frente a la muerte el hombre tiene dos opciones: o reconocerse como critura o negarse como tal.

Pero entonces,¿Es absurda la vida? El autor no habla de que sea absurda y rechaza el suicidio. Hay que esperar la muerte, anticipar en la mente la muerte inevitable y comprender a la luz de esta muerte la posibilidad del momento.

**En el camino de una esperanza**

Uno de los caminos para encontrar una expresión más adecuada de la inmortalidad personal nos lleva fuera del ámbito filosófico y nos conduce al metafísico y con un tema ya resuelto que es la existencia de Dios.

El hecho de que todas y cada una de las personas humanas son alguien delante de Dios creador, ofrece una promesa y una garantía de inmortalidad y de cumplimiento total de la existencia.

Descubrirse criatura implica que en definitiva ser alguien frente a los demás y mas frente a Dios. Un Dios que quiere a la persona todo el tiempo ya que no lo quiere por sus funciones sino por lo que es. Querer a alguien como persona es quererlo para siempre.

El amor de Dios a la persona garantiza la eternidad del don personal de la existencia. Cada una de las personas, es persona en virtud de la voluntad eterna de Dios. Pero esto será entendido cuando Dios sale de su ocultamiento revelándose como el Dios de amor a la mente de quienes creen en El y lo reciben.

**El infierno**

La razón nos dice que, tras la muerte, el cuerpo, siguiendo las leyes de la naturaleza material, se corrompe, pero que el alma, al ser de naturaleza incorruptible, sigue subsistiendo. ¿Pero a dónde va? Con total seguridad eso sólo se puede saber por la fe. Veamos lo que dice la Revelación a propósito de las realidades últimas. Lo haremos con palabras de Juan Pablo II. Empezamos con el infierno:

**El infierno como rechazo definitivo de Dios**

Dios es Padre infinitamente bueno y misericordioso. Pero, por desgracia, el hombre, llamado a responderle en la libertad, puede elegir rechazar definitivamente su amor y su perdón, renunciando así para siempre a la comunión gozosa con él. Precisamente esta trágica situación es lo que señala la doctrina cristiana cuando habla de condenación o infierno. No se trata de un castigo de Dios infligido desde el exterior, sino del desarrollo de premisas ya puestas por el hombre en esta vida. La misma dimensión de infelicidad que conlleva esta oscura condición puede intuirse, en cierto modo, a la luz de algunas experiencias nuestras terribles, que convierten la vida, como se suele decir, en «un infierno». Con todo, en sentido teológico, el infierno es algo muy diferente: es la última consecuencia del pecado mismo, que se vuelve contra quien lo ha cometido. Es la situación en que se sitúa definitivamente quien rechaza la misericordia del Padre incluso en el último instante de su vida.

Para describir esta realidad, el Nuevo Testamento anuncia que Cristo, con su resurrección, ha vencido la muerte y ha extendido su poder liberador también en el reino de los muertos.

Sin embargo, la redención sigue siendo un ofrecimiento de salvación que corresponde al hombre acoger con libertad. Por eso, cada uno será juzgado «de acuerdo con sus obras» (Ap 20,13). Recurriendo a imágenes, el Nuevo Testamento presenta el lugar destinado a los obradores de iniquidad como un horno ardiente, donde «será el llanto y el rechinar de dientes» (Mt 13, 42; cf. 25, 30. 41) o como la gehenna (lugar o valle que para los Judíos es donde se da el juicio final) de «fuego que no se apaga» (Mc 9, 43). Todo ello es expresado, con forma de narración, en la parábola del rico epulón, en la que se precisa que el infierno es el lugar de pena definitiva, sin posibilidad de retorno o de mitigación del dolor (cf. Lc 16, 19-31).

Las imágenes con las que la sagrada Escritura nos presenta el infierno deben interpretarse correctamente. Expresan la completa frustración y vaciedad de una vida sin Dios. El infierno, más que un lugar, indica la situación en que llega a encontrarse quien libre y definitivamente se aleja de Dios, manantial de vida y alegría. Así resume los datos de, la fe sobre este tema el Catecismo de la Iglesia católica: «Morir en pecado mortal sin estar arrepentidos ni acoger el amor misericordioso de Dios, significa permanecer separados de él para siempre por nuestra propia y libre elección. Este estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados es lo que se designa con la palabra infierno».

Por eso, la «condenación» no se ha de atribuir a la iniciativa de Dios, dado que en su amor misericordioso él no puede querer sino la salvación de los seres que ha creado. En realidad, es la criatura la que se cierra a su amor. La «condenación» consiste precisamente en que el hombre se aleja definitivamente de Dios, por elección libre y confirmada con la muerte, que sella para siempre esa opción. La sentencia de Dios ratifica ese estado.
 La condenación sigue siendo una posibilidad real, pero no nos es dado conocer, sin especial revelación divina, si los seres humanos, y cuáles, han quedado implicados efectivamente en ella. El pensamiento del infierno —y mucho menos la utilización impropia de las imágenes bíblicas— no debe crear psicosis o angustia; pero representa una exhortación necesaria y saludable a la libertad ».

El Infierno no se explica sin la libertad. Se suele decir que el infierno está cerrado con llave... ¡por dentro! ¿Pero cómo explicar que haya gente que se empeñe en ir allí? Quizá es gente tan acostumbrada a vivir en la “oscuridad”, que cuando ven el Cielo lleno de “luz”, se dicen: «allí no voy ni loco». ¿Pero cómo es posible que alguien se “coma el coco” hasta el punto de preferir la oscuridad a la luz, la soledad a la compañía amorosa?

La capacidad que tenemos de autoengaño puede ir muy lejos. La soberbia permite justificar lo injustificable. «Fuera de las cárceles —cuenta Silvester Krcméry, un testigo de los horrores de los campos de concentración comunistas en Eslovaquia—, muchos hombres de la Seguridad del Estado solían comportarse con gran seguridad en sí mismos afirmando cosas como ésta: "Nunca he hecho daño a nadie en mi vida, quizá he dejado de ayudar a alguien por inadvertencia". Suena casi irónico, pero ha sido lo típico en los más sádicos»10. La experiencia muestra que quien confiesa a menudo sus pecados suele saber de qué confesarse, mientras que quien nunca lo hace no sabe de qué confesarse. «Cuando un hombre se va haciendo mejor —observa Lewis—, comprende con más claridad el mal que aún queda dentro de él. Cuando un hombre se hace peor, comprende cada vez menos su maldad. Un hombre moderadamente malo sabe que no es muy bueno: un hombre totalmente malo piensa que está bastante bien. Esto, después de todo, es de sentido común. Comprendemos el sueño cuando estamos despiertos, no mientras dormimos».

Quien se miente habitualmente a sí mismo puede terminar creyéndose sus propias mentiras. Su vida entera podría terminar siendo una mentira: ante él mismo, y ante los demás. «El hombre que se miente a sí mismo y escucha sus propias mentiras —advierte Dostoiewski— llega a encontrarse en situación tal que no sabe ver la verdad ni en sí mismo ni a su alrededor, y pierde la propia estimación y el respeto de los demás». Es la triste historia del deterioro moral del hombre a causa de su soberbia. Mientras su conciencia le siga susurrando que se engaña, hay todavía esperanza de salvación: significa que aún queda algo de su yo real. Lewis, en uno de sus libros, muestra que en el infierno el autoengaño es máximo; examinando la vida de diversos habitantes del infierno, sugiere que su soberbia les habría llevado a tal desconocimiento de sí mismos, que ya nada quedaría de su verdadero yo: al final de su vida, sólo quedaría su falso yo, estarían completamente alienados de sí mismos, totalmente fuera de la realidad, ¡todo sería mentira!

En el drama del autoengaño, lo primero que se pierde es la conciencia; después, la cabeza: el entendimiento. Quien vive como piensa, acaba pensando como vive. Sirva de ilustración un elocuente pasaje de Los intereses creados de Jacinto Benavente. En esa célebre obra de teatro, cuando el astuto Crispín propone al buen Leandro que engañe por amor, dice éste: «—Yo no puedo engañarme, Crispín. No soy de esos hombres que cuando venden su conciencia se creen en el caso de vender también su entendimiento»; a lo que replica Crispín: «—Por eso dije que no servías para la política. Y bien dices. Que el entendimiento es la conciencia de la verdad, y el que llega a perderla entre las mentiras de su vida, es como si se perdiera a sí mismo, porque nunca volverá a encontrarse ni a conocerse, y él mismo vendrá a ser otra mentira».